

El 16 de agosto se cumplió el sesquicentenario del Natalicio de don Diego Barros Arana, una de las figuras más prominentes de la historiografía chilena y americana; Rector de nuestra Universidad entre los años 1893 y 1897. Con este motivo hemos incluido dentro de nuestra serie de historiadores chilenos el presente trabajo del profesor Rolando Mellafe.



De hacendado a historiador. don Diego Barros en sus años de juventud.



Barros Arana en su biblioteca. El historiador fue quien emprendió la búsqueda hasta de los materiales documentales básicos.

Historiadores de Chile

DIEGO BARROS ARANA

Historiador de Chile y de América

Rolando Mellafe

Es consenso entre los historiadores nacionales y extranjeros que Diego Barros Arana es el más importante historiador chileno del siglo pasado y que su obra es aún fundamental. Pocos son los temas que un investigador de nuestro pasado no encuentre entre más de 200 títulos, incluyendo artículos, de los que el gran historiador se preocupó. Este imponente conjunto abarca variados géneros y preocupaciones: bibliografía, biografías, críticas de trabajos referentes a Chile y a América aparecidos en distintas partes del mundo, pedagogía y textos de estudio, artículos sobre cuestiones de límites, historias generales y trabajos sobre episodios y épocas históricas de corta duración; lo abarcó todo y fue brillante en cada tema.

ACCION Y PENSAMIENTO

Diego Barros perteneció a esa generación de científicos e intelectuales chilenos, como Benjamín Vicuña Mackenna y José Toribio Medina que, con un increíble tesón y casi místico espíritu de creación, pudieron organizar el tiempo de su vida haciendo productiva tanto la acción como el pensamiento. En el caso de don Diego no sólo produjo esta prolífica obra histórica, sino también participó en debates políticos, renovó la educación

secundaria, participó activamente en labores universitarias, viajó cumplió con labores diplomáticas, creó y mantuvo prestigiosas publicaciones periódicas, como la Revista de Santiago y la Revista Chilena, y aún tuvo aliento para dedicarse con especial afecto a educar a la juventud en largos años de enseñanza en el Instituto Nacional.

Diego Barros nació en Santiago el 16 de agosto de 1830, en el agitado tiempo en que el país, al borde de la anarquía, buscaba la forma de un gobierno estable y organizador de la joven República. Miembro de una distinguida familia patricia, su cuna lo ubió cerca de los personajes más importantes de su época. Su padre, don Diego Antonio, antes de la independencia había sido un próspero comerciante en Lima y en Buenos Aires, donde también ocupó el cargo de regidor del Cabildo. Casó allí con doña Martina Arana y Andonaigüe, cuya familia alcanzara bastante distinción política en la época del Gobierno de Juan Manuel de Rosas. El matrimonio —ya con varios hijos— se estableció en Santiago por 1817, ocupándose don Diego Antonio del comercio y de la explotación de un par de haciendas cercanas a Santiago. Dos grandes amistades del próspero empresario fueron Bernardo O'Higgins y Diego Portales y la transmisión del recuerdo

y de documentos de estos personajes de don Diego Antonio a su hijo sin duda influyeron posteriormente en el tratamiento histórico que de sus acciones hiciera el historiador.

FORMACION HISTORICA

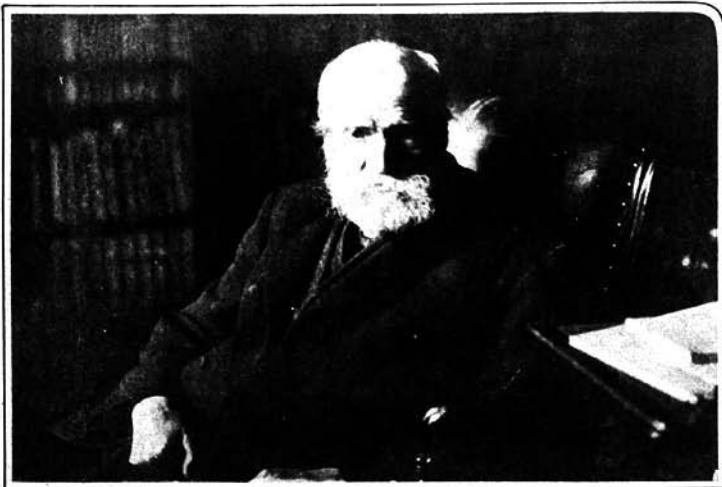
Don Diego Antonio quiso que su hijo Diego fuese hacendado y cuando aún éste era un niño lo instaló con un hermano en una de sus propiedades. Eran otras, sin embargo, las preocupaciones del adolescente que dejando las labores del campo se enfocó en la lectura de las obras que fueron su "formación histórica", según él mismo lo confiesa: el Compendio del Abate Juan Ignacio Molina, las Memorias del General Miller, la obra de Torrente sobre la independencia americana y las primeras entregas de la *Historia Física y Política* de Claudio Gay. Poco después agregó a sus desvelos de lector empedernido los trabajos que mayor influencia dejaron en su visión de América, las de Alejandro von Humboldt. Cuando su padre descubrió la pasión de su hijo tuvo el buen efecto de aceptarla y fomentarla. En efecto, por esos días falleció Miguel de la Barra, que poseía la mejor biblioteca del país y don Diego Antonio compró

para su hijo la parte que atingía a Chile y América.

PRIMEROS TRABAJOS

Barros Arana estudió en el Instituto Nacional entre los 13 y 16 años de edad. No figura, curiosamente, entre los alumnos distinguidos de ramos como filosofía, matemáticas e historia universal que eran las materias que se impartían en esos años. Quien acapara todos los premios es otro historiador y amigo de toda su vida, Miguel Luis Amunátegui. Diego obtiene solamente el premio de latín, lengua que posteriormente le es de utilidad para traducir con fluidez del francés e inglés, idiomas que por esos años no se enseñaban en Chile. Teniendo vocación, medios y enorme voluntad para el estudio no pudo seguir más adelante, pasando a ser prácticamente una autodidacta. Esta situación le preocupó enormemente durante toda su vida y quizá parte de su fogsidad polémica y capacidad organizativa, en su madurez, para imponer el estudio de los ramos científicos en la educación secundaria y en la universidad.

Poco antes de cumplir 20 años de edad publica Diego Barros su primer trabajo histórico, *Tupac Amaru*, un corto estudio sobre la rebelión del cacique alto peruano de independencia. Tres años más tarde aparece el primer capítulo de una obra de más envergadura *Historia Ge-*



Das vistas de don Diego Barros en su sala de trabajo. En los momentos en que se celebra el sesquicentenario de su nacimiento, su obra histórica mantiene aún vigencia.



neral de la Independencia de Chile, que fue muy bien acogida por la crítica. Esta primera etapa de producción científica se vio interrumpida luego por un largo viaje en que visitó Perú, Argentina y Europa. En los momentos de partití o quizás antes, Diego Barros había tomado determinaciones que orientarían sus reacciones y actividades por el resto de su existencia. Sería la tarea fundamental de su vida escribir una serie de textos, que, por una parte servirían a la enseñanza secundaria y universitaria, y por otra aclararían para los interesados, cuestiones básicas de la ciencia. Otro propósito, tan importante como el primero, fue el de escribir una Historia de Chile, completa y detallada e imparcial, que

serviera a las futuras generaciones a comprender el proceso de la formación nacional.

Su primer propósito se vio facilitado cuando a su vuelta, el año 1863; fue nombrado Rector Suplente del Instituto Nacional y posteriormente, en 1871, Decano de la Facultad de Humanidades.

LA GRAN TAREA

En Lima, Buenos Aires, París y otras ciudades, visitó archivos privados y públicos, conversó con otros historiadores y entrevistó a personajes que habían tenido importantes figu-

raciones en la historia política e intelectual de los últimos decenios. Asimismo terminó por plegarse a las corrientes liberales positivistas, de moda en Europa, aunque nunca en verdad, en sus escritos aparecieron estas ideas como determinantes en su visión del pasado.

Su gran labor comenzó casi inmediatamente después de llegar a Santiago en 1863. Dos años después publicó el Compendio de Historia de América, que luego refunde en el Compendio Elemental, más apropiado para la enseñanza secundaria. En 1867 imprimió su Manual de Composición Literaria y Elementos de Geografía Física. La aparición de la obra más

importante de su vida, Historia General de Chile, debió esperar aún algunos años debido a sus actuaciones en el campo diplomático y a nuevos viajes y misiones oficiales que debió cumplir. Los tres primeros volúmenes de la Historia General de Chile aparecieron en 1884 y el último, es decir el volumen 16, el año 1902, a pesar de que parece haber estado terminado desde 1899. Diríase que cumplir con la aspiración máxima de su vida costó al autor 18 años de trabajo, pero en realidad no fue ese lapso sino toda su vida.

SINTESIS GLOBAL

Los aportes de Diego Barros a la historiografía americana y chilena resultan claros y deslumbrantes después de una breve mirada al Compendio Elemental de Historia de América y a la Historia General de Chile. El primero fuera de su edición chilena, tiene varias otras en Montevideo y Buenos Aires y efectivamente como su autor lo soñara ha servido para el conocimiento básico del continente a muchas generaciones de jóvenes. Se puede ver lograda en este libro la máxima aspiración que puede tener un historiador de cualquier tiempo, llegar a una síntesis global del acontecer histórico ocurrido en distintas épocas y en muy diferentes sociedades, como las que componen América. Diego Barros logra en 1865 lo que una veintena de estudiosos venían de hacer desde el siglo XVIII, sin resultados encomiables, con la sola excepción, quizás, de la obra de William Robertson publicada en Londres en 1777.

Tanto en el Compendio como en la Historia General no contó su autor con las facilidades que ahora corrientemente tienen los historiadores, esto es, bibliotecas y archivos ordenados, colecciones documentales y otras fuentes publicadas, monografías sobre distintos aspectos muy complejos o muy interesantes, etc. Diego Barros tuvo que hacer aquella síntesis partiendo de nada, desde la búsqueda de los materiales documentales más elementales.

LOS NUEVOS COMPONENTES DE LA HISTORIA

Pero las obras que comentamos tienen aún otros méritos no menos valiosos. La ilustración había incorporado a la reflexión histórica algunos elementos que le eran indispensables para desarrollarse como ciencia. Estos fueron, la consideración del paisaje como escenario natural donde el hombre y la sociedad se desarrolla, la sociedad como conjunto de hombres relacionados de distintos modos y, en tercer lugar, la economía como un conjunto de hechos centrados en actividades de producción, intercambio y consumo. Cuando Barros Arana leía las primeras obras de historia que su inquietud intelectual lo impulsaba a abrir, se encontró con estos nuevos componentes de la historia en obras como la de Claudio Gay sobre Chile, que se escribía en el corrientes de las Historias Físicas y Políticas, pero allí constituían capítulos o secciones aparte de la historia misma, aunque dentro de la misma obra. De la lectura de las más modernas historias publicadas en Europa y también de su propia reflexión, Barros Arana concluyó en que aquellos tres elementos no debían ser componentes separados del acontecer histórico sino que debía presentárselos como parte de la propia historia. Esta fue la parte de su método al escribir la Historia General de Chile y nos explica en gran medida la vigencia que aún tiene, después de más de 80 años de haber sido escrita.